

con mucho trabajo y dificultad, estudiamos el modo de perfeccionarlo hasta que por medio de él ejecutamos fácilmente lo que intentábamos.

En estos primeros ensayos toca el hombre los elementos de toda belleza natural y sensible: la cual consiste en la proporcion de las partes del objeto entre sí, y de cada una con el objeto entero: en el orden con que estan colocadas, y en la aptitud de todas para el fin propio de cada una y para el general del objeto mismo. El cuerpo humano es el tipo mas acabado y perfecto de esta belleza. Todas sus partes comparadas unas con otras guardan entre sí una proporcion admirable: y cada una comparada con todo el cuerpo se encuentra ajustada y simétrica: en el orden con que están colocadas forman un todo cabal, elegante y gracioso; cumple cada una tan exactamente la funcion á que está destinada, que siendo distintas no se estorban unas á otras en sus respectivas funciones: antes cada una de ellas con la suya conspira al mejor desempeño de los oficios de las demas, y al fin comun y general del todo á que corresponde, que es el cuerpo entero. Todos los hombres tienen á la vista este primer modelo de la belleza corporal: todos

lo conocen, pero muy pocos sienten el encanto de su hermosura; porque son muy pocos los que se aplican á reflexionar sobre aquellos elementos de la belleza, proporcion, orden, enlace y union en un todo y á un fin: muy pocos los que, abstrayendo de los objetos corporales lo que en ellos agrada de lo que disgusta, se han elevado de la contemplacion de la naturaleza al de la bella naturaleza: y entre los poquísimos que han hecho este estudio no todos los que saben, sienten: no todos los que conocen lo que es bello sienten contemplándolo el placer fino y delicado que otros experimentan. Para sentir este placer es necesario, no un sexto sentido, como han querido algunos, sino una disposicion armónica en el sistema del cerebro, que contribuya á presentar al alma con facilidad y con exactitud las proporciones de las partes, el orden de su colocacion y su aptitud para el fin á que se refieren: así como para sentir todo el placer que es capaz de producir una bella sonata, debe haber cierta disposicion armónica en el órgano del oido. Decimos del que la tiene: Fulano tiene oido fino y delicado. Decimos del que tiene aquella otra disposicion en su cerebro para sentir el placer que pro-

duce lo bello: Fulano tiene gusto exquisito.

Origen de las virtudes, del amor y respeto á los padres, y de la justicia y beneficencia.

15. Algunos filósofos, como los Epicúreos, decían que el placer que sentía el alma en la práctica de la virtud era efecto de la utilidad que nos producía. Otros, como los Estóicos y Platon, aseguraban que la virtud aplacia por sí misma, y tenía tales encantos que, si fuese visible, encendería amores mas vivos que todas las bellezas corporales. Pero á mi modo de entender unos y otros tienen razon hasta cierto punto, y no es dificultoso, procediendo de buena fe, avenir las dos opiniones. Por que no hay duda que son muchas las acciones virtuosas que nos producen una utilidad muy palpable: asi como por el contrario hay vicios que sensiblemente nos son dañosos y muy perjudiciales. Es tambien cierto que son estas virtudes y estos vicios los que practicamos y experimentamos primeramente. Puede decirse que la conservacion de sí mismo es la primera ley que intima al hombre la naturaleza por medio del sentimiento de las primeras necesidades, y el

amor de sí mismo lo excita á su observancia. El placer que siente cuando la obedece, y el dolor que sufre cuando resiste á ella es efecto de la utilidad que recibe de seguirla, y de los daños que le causan sus infracciones, encontrando en el primer caso satisfechas sus necesidades, y tocando en el segundo siempre algun menoscabo de su bienestar. El cariño y ternura con que le tratan sus padres, el esmero con que acuden á prevenir sus necesidades, y su solicitud por precaverle toda incomodidad, lo inclinan irresistiblemente á amarlos; al mismo tiempo que la superioridad de fuerzas físicas que en ellos experimenta, y el poder que ejercen en él sin obstáculo ni resistencia alguna, aunque siempre encaminado á su bien, inspiran al niño cierto respeto que va mezclado en su alma con aquel amor filial; y esta es una semilla de virtud que graba la naturaleza en su corazon. Pues apenas se extienden algun tanto sus relaciones con otros hombres, echa de ver que tan pronto como él está á repeler al que le hace mal, tan dispuestos están los demas á obrar del mismo modo cuando él les ofende; y como en estos choques en que unas veces es agresor y otras acometido, muchas lleva la peor parte por su debilidad,

los desengaños lo hacen tímido, y ya no se atreve á molestar á aquellos cuya venganza ó defensa le han producido graves disgustos en otras ocasiones, y al cabo llega á conocer que, para no exponerse de nuevo á represalias dolorosas, debe no hacer á otro lo que no quiere le hagan á él. Mas adelante le enseña tambien la experiencia que se halla necesitado en muchos casos de auxilios ajenos, busca cosas que ha menester, reclama servicios de los que le rodean; y observa que en estos casos encuentra á los otros tanto mejor dispuestos á satisfacer sus deseos, cuanto es mayor el agrado y buen modo con que los trata: advierte que exigen de él ciertos obsequios y caricias infantiles, ciertas retribuciones, é infiere que, para que le den lo que él pide, debe darles lo que ellos quieren, un beso por un dulce, la pera que le ha dado su madre por la figurilla que le enseña su hermano, y él quiere, y el hermano no se la quiere dar sino en cambio de aquella fruta; y en esto empieza á conocer que debe hacer á otro lo que quiere que hagan con él. Estos son los primeros elementos de las ideas de justicia y de beneficencia, en cuya práctica encuentra siempre utilidad conocida, ora sea preservándose de los males

á que lo expondrían sus demasías; ora grangeándose los bienes de que se halla menesteroso. Estos pueden llamarse los primeros ensayos morales del hombre, en los cuales están embebidas todas las leyes, todas las obligaciones, todas las virtudes: en ellos la sancion natural de la ley es el placer que siente en su observancia: en ellos toda obligacion se le da á conocer por la utilidad que reporta de su cumplimiento, y hasta aquí practica aquellas virtudes como por instinto, sin saber que lo son. Hasta aquí es verdadera la opinion de Epicuro.

Origen de la prudencia, fortaleza y templanza.

16. Las diversas circunstancias en que se irá viendo el niño le darán á conocer que debe aplicarse á buscar y elegir aquellos medios que son mas oportunos para conseguir los fines que se propone. Jugando, por ejemplo, con otros muchachos estudiará cómo ha de manejarse para ganarles en agilidad, en fuerza, en astucia, y así empezará á ser prudente. Otras veces recibirá de la naturaleza lecciones de templanza, inspirándole esta horror y aversion al vino, á los licores que una vez le embriagaron. Los

muchachos, los dotados especialmente de cierto temperamento, aprenderán á ser fuertes, por vanidad primero, y por conveniencia despues.

Origen del conocimiento de la justicia legal.

17. Mas en cuanto á la justicia, será necesario que los padres les enseñen en muchas ocasiones á ser justos, ó con castigos ó con premios; porque naturalmente somos injustos: pedimos justicia cuando de hacérnosla conocemos que ha de resultarnos utilidad: mas desconocemos lo que es justicia, y no queremos ser justos cuando lo hemos de ser con algun daño nuestro. Estamos prontos y nos propasamos á incomodar á nuestros hermanitos, á insultarlos, á enfadarlos, á afligirlos; y somos muy delicados para sufrir de ellos el mas ligero maltratamiento. Acudimos entonces á nuestros padres pidiendo justicia ofensores y ofendidos, y cuando se nos declara reos, y se nos impone la pena merecida, aun cuando esté clara la justicia contra nosotros, nos duele, nos enojamos con el juez y con los actores; y mas si al hermano ofendido lo regala el padre con alguna caricia para indemnizarlo del agravio que ha sufrido y hacer-

le callar. Aquí vemos ya unos nuevos estímulos para ser virtuosos: estímulos distintos de la utilidad inmediata, extrínsecos á la accion; pero que observamos son conseqüentarios de ella: el castigo y el premio. Conducido el hombre por ellos, todavía no percibe placer en la virtud ni aborrece el vicio. Ama el premio, teme el castigo solamente, pero nada mas.

Origen y causa del placer que sentimos en la práctica de la virtud y del amor á ella.

18. Permítaseme ahora hacer una suposicion, que defendieron, como una verdad en otros tiempos, sabios de primer orden. Supongamos animados los astros de unos espíritus que, unidos al cuerpo del astro, formen con él una sola persona. En este caso, y discurriendo segun la doctrina de Newton, estos seres se verian impelidos por dos fuerzas, la centrífuga ó tangencial, y la centrípeta: aquella intrínseca, digámoslo así, esta extrínseca al astro, que lo inclinan á moverse en direcciones distintas. Puesto en este caso el astro, que suponemos inteligente, conoceria que siguiendo el impulso de la una solamente, de la centrífuga ó tangencial, que le es intrínseca; se iba á separar para

siempre del centro, de lo cual no solo le resultarían gravísimos males, perdiendo la luz y calor que recibía de aquel; sino que se desconcertaría el orden bellísimo que resultaba de la combinación de su movimiento con los movimientos de los demás astros: lo mismo sucedería siguiendo solo el impulso de la fuerza centrípeta, aunque en sentido opuesto; pero cediendo á ambas podía marchar acorde y armónicamente, contribuyendo con su movimiento por diagonales infinitas al hermoso orden en que sería feliz y que lo embelataba. Naturalmente tomaría esta resolución, y siguiéndola sentiría un inexplicable placer, aunque para seguirla resistiese algún tanto á su inclinación primitiva de moverse por línea recta.

Pues si la combinación de las dos fuerzas centrípeta y centrífuga y los movimientos que resultan en los planetas de esta combinación constituyen el orden admirable del sistema celeste: por modo semejante la combinación de los dos intereses personal ó individual, y general ó comun, y las acciones de los ciudadanos que conspiran á entrambos, ó que se ejecutan por impulso de aquellos dos intereses, forman el orden precioso de la sociedad. Y no menos la combinación

de los dos amores, el de sí mismo y el amor de Dios, y las acciones que ejecutan los hombres llevando por fin el amor de Dios, sin oponerse ni aun desprenderse del amor de sí mismos, forman el orden divino y suavísimo que ata y encadena á todos los seres inteligentes que se sujetan á él. Hay por tanto tres órdenes; que son el físico, el social ó civil, y el intelectual: el orden físico resulta de la combinación de las dos fuerzas centrípeta y centrífuga: el orden civil, de la combinación de los dos intereses, el interés individual y el comun: el orden intelectual, de la combinación de los dos amores, el de Dios y el de sí mismos. Estos dos móviles en los tres órdenes sobredichos deben combinarse de cierto modo según ciertas reglas, para que resulte el orden de cada una de estas combinaciones, y á estas reglas llamamos leyes, físicas, civiles, morales, según los respectivos órdenes á que corresponden. Las acciones que se conforman á dichas reglas son virtuosas, las que de ellas se separan viciosas: la observancia constante de aquellas leyes se apellida virtud, y sus inobservancias todas son vicios.

Quando el hombre, ser inteligente y libre, conoce el orden social y sus reglas,

cuando contempla el intelectual y sus leyes, conoce que, acomodando sus acciones á ellos, no solo atiende á su interes, al amor que se tiene á sí mismo; sino que contribuye al mantenimiento de aquel orden que consiste en la conspiracion de los intereses de todos los ciudadanos al interes comun de la sociedad: ó en la conspiracion y reunion de todos los amores en el amor de Dios. Aun cuando padezca algun menoscabo su interes personal presente: aun cuando tenga que violentar su amor propio: todos estos sacrificios, todos los daños que sufre en el momento, los hace y los sufre gustoso por conservarse en el orden social y en el espiritual ó intelectual, y concurre y contribuye á ellos seguro de reportar al fin ventajas inestimables, que lo indemnicen de aquellos sacrificios y violencias que tuvo que hacerse á sí mismo; sacrificio de sus intereses y violencia á su amor propio. En el orden físico en los niños la utilidad sola les impele á obrar para conservarse. En el orden social son los premios y penas los que mueven principalmente á la mayor parte de los conciudadanos. En el intelectual el amor de Dios. Pero estos tres estímulos no se excluyen unos á otros: es verdad que el niño no obra sino impeli-

do por la necesidad, y atraído por la utilidad que conoce en el placer que siente satisfaciendo aquella: pero el ciudadano es impelido por las penas y premios, y por la utilidad que espera de evitar aquellas y ganar estos: y finalmente el hombre arregla sus acciones á la ley eterna movido del amor de Dios, de la esperanza del premio que le ofrece, y de la utilidad que se le ha de seguir obteniendo aquella recompensa. Y así como el conocimiento de estos órdenes admirables lo embelesa y encanta, como decíamos que le sucedia contemplando el orden en que consiste la hermosura del cuerpo: así encuentra y siente un placer inefable cuando obra acorde con las reglas en que consisten aquellos otros órdenes hermosísimos sobre toda belleza visible. A la manera que en una vistosa contradanza ejecutada al son de melodiosos instrumentos, aunque cada uno de los que bailan trabaje y se canse y fatigue por concertar sus movimientos á los compases de la música, y á los movimientos de las otras parejas; todavía se complace muy mucho en ir acorde en todas sus actitudes y movimientos con la armonía de la música y danza, y siente, y como que le duele cuando él ú otro se desconcierta faltando al compas de la so-

nata, ó discordando de los movimientos de la comparsa.

EXTRACTO VII.

Quiso Teodoro que los dos amigos que le escuchaban manifestasen su parecer sobre las doctrinas que habia ido explicando en sus anteriores conversaciones, y tomando la palabra esta tarde Eutasio, nada, dijo, tengo yo que oponer á ellas, porque todas me han parecido muy conformes con la experiencia y muy ajustadas á razon; solo quisiera, Teodoro, que nos explicases mas por menor cómo vamos descubriendo las relaciones que nos unen en sociedad unos con otros, cuál es el que habeis llamado interes comun ó general, y las leyes ó reglas que debemos guardar para que, de la combinacion de aquel interes

con el propio de cada uno resulte ese órden que llamásteis social. Del mismo modo quisiera nos dijese algo mas acerca del modo ó de los medios por qué venimos en conocimiento de las relaciones que nos unen al ser Supremo, cómo empezamos á sentir el amor de Dios, que decis es como la fuerza centrípeta del órden intelectual, cómo derivamos de él y del amor que nos tenemos á nosotros mismos, las leyes con que deben combinarse estos dos amores para concurrir á aquel órden, para discernir cuáles son las acciones que se conforman con aquellas leyes y las que se separan de ellas, ó (lo que es lo mismo) las acciones virtuosas de las viciosas. Y Melecio añadió que gustaria se extendiese Teodoro á indagar tambien mas de raiz, por qué siente el alma placer en el conocimiento de la verdad y de la belleza y en la práctica de la virtud.

Cosas me pedis que os explique, amigos mios, respondió Teodoro, acerca de las cuales quisiera oiros mas bien, porque son ellas tan profundas y dificiles: son tantos y tan varios los modos con que han querido explicarse hasta aquí, y han satisfecho tan poco hasta hoy todos los sistemas ideados para explicarlas, que ninguno de ellos ha logrado unanimidad

de votos á su favor. Cada filósofo se mantiene en sus trece, y ninguno cede á las razones de sus contrarios: mas, pues quereis que sea yo el que hable, diré lo que alcance, por si puedo satisfacer en algun modo vuestros deseos.

Como se conoce el órden social y sus leyes.

I. Y comenzando por tu primer pregunta, Eutasio, cómo el hombre llega á saber cual es el interés general: cómo llega á sentirlo: cómo descubre las reglas ó leyes por las que debe combinarse aquel interes con el suyo para formar el órden civil: te diré que el hombre no puede conocer el interes general sino donde le hay: y allí hay interes general donde hay patria; y allí patria donde hay buen gobierno: donde el interes del que gobierna ó de los que gobiernan, y su objeto, y sus miras, y sus desvelos todos se dirigen á conservar ilesos los intereses particulares y á fomentarlos. Contrayéndonos á una familia sola me explicaré mejor, porque

*Humanos mores nosse volenti
Sufficit una domus.*

Cuando un padre de familia en union con

su esposa trabajan para proporcionar sustento á sus hijos, se desvelan por fomentarlos dándoles tan buena educacion cuanto les permiten sus facultades, sin desperdiciar gasto ni tiempo alguno en objetos frívolos no interesantes para sus hijos: este interes de los padres se llama general, porque se extiende á toda la familia, y cada hijo siente en sí mismo los felices resultados de aquel interes en los bienes que de él reporta; y así no solo lo conoce, sino que lo aprecia y estima; y como experimenta que aquellos bienes crecen ó menguan á proporcion que son mas ó menos vivos y eficaces los conatos del padre en favor de sus hijos, infieren de ahí que el cooperar á aquellos conatos, y ayudar en ellos á sus padres es el medio mas eficaz de mejorar cada uno su bienestar y aumentar su fortuna; y de ahí es que se aplican y trabajan para auxiliar á su padre en sus empresas, y como que se olvidan de sí mismos por promover la hacienda comun; pero es porque saben que la hacienda comun es la hacienda suya, en la que les ayendrá mas parte á proporcion que sea mas pingüe y mas rica.

Pero todo esto sucede muy al contrario en una familia desgraciada, á la que ha cabido en suerte un padre holgazan, vicio-

so y dilapidador, que, descuidando á su esposa y sus hijos, solo piensa en gastar y triunfar, como suele decirse, arruinando la herencia de sus antepasados en vez de conservarla, y con su mala conducta corrompe á sus hijos en vez de educarlos, los deja que sigan en todo sus viciosas inclinaciones, y finalmente los maltrata, los castiga imprudentemente, no conducido por la razon, sino llevado de los ímpetus de una ira desarreglada y feroz. Aquí ya veis que no hay interes general, y sin él no puede haber órden. Los intereses privados de cada uno de los hijos no tienen un centro á donde conspirar, por lo que cada dia se hacen mas divergentes, viniendo á parar aquel desbarate en la disolucion de aquella familia, que si estuvo materialmente unida algun tiempo, lo estuvo compelida por la necesidad: pero al momento que sus individuos pueden subsistir de por sí, se emancipan absolutamente para mirar por sus intereses, que estando unidos no podian fomentar.

Estas dos familias son el tipo de las sociedades bien ó mal constituidas. Un gobierno ilustrado y benéfico que se desvela por el bien de sus súbditos, que solo toma de ellos lo que necesita para mantener el órden, para proteger la se-

guridad de sus personas, la integridad de sus propiedades, y que solo coarta su libertad con leyes para prohibir las acciones perjudiciales al comun ó al particular: que estudia los medios de fomentar la agricultura, el comercio y las artes, para proporcionar á todos recursos fáciles de subsistencia: en este gobierno casi desde que nacen los ciudadanos aprenden á mirarse como hermanos unos á otros, y al gobierno como á un padre comun, que está haciendo en beneficio de todos lo que cada padre en su casa con sus hijitos. De donde resulta no solo conocer sino sentir muy luego lo que es interes general, y que el de cada familia está identificado con él, resultando de aquí el *Amor de la Patria*, principio y fuente de todas las virtudes sociales. Cuenta Juan Santiago que, siendo él pequeño, su padre lo llevó consigo un domingo en la tarde á la plaza pública de Ginebra donde hacia la milicia nacional sus evoluciones, y con ellos su padre, al son de la música militar; y que acabado aquel ejercicio las ginebrinas, madres, esposas y hermanas de los milicianos, que los habian visto evolucionar desde los balcones, bajaron á abrazar cada una á los suyos, les presentaron alguna friolera

de merienda, los celebraban por su destreza en el manejo de las armas, y cada familia comia y bebia, y todos bailaban alegres; y su padre, tomándolo en brazos, lo paseaba por entre los grupos de ciudadanos, y le decia: Cuando te veas, Juani- to, en países remotos, si alguna vez sales de tu patria, no olvides lo que ves, lo que sientes ahora, para conservar el amor á ella, que debe arder siempre en tu cora- zon; y fué así, confiesa Rousseau, que nun- ca olvidé aquellos dulcísimos sentimientos.

Semejantes escenas eran muy frecuen- tes en los bellos tiempos de Grecia y Ro- ma, mientras florecio allí el gobierno re- publicano en todo su esplendor. "A los
» griegos, dice Bossuet, se les enseñaba
» desde muy temprano á considerarse cada
» uno, y á considerar su familia como
» parte de la gran familia que componia
» el cuerpo del estado: los padres educa-
» ban á sus hijos en estos sentimientos, y
» los chiquillos aprendian desde la cuna
» á mirar á la patria como á una madre
» comun de la que eran hijos, aun con
» mas verdad que de sus mismos padres.
» La palabra *urbanidad* entre los griegos
» no solo significaba aquella dulzura y
» deferencia que hace á los hombres so-
» ciables, sino que por hombre urbano

» se entendia el buen ciudadano, que se
» consideraba siempre como miembro del
» estado, y se dejaba conducir por las le-
» yes, y conspiraba con ellas al bien pú-
» blico sin hacer mal á nadie. Y hablan-
» do de los romanos, añade: El fondo de
» un romano era el amor de su libertad
» y de su patria. La una de estas cosas le
» hacia amar la otra, pues porque amaba
» su libertad amaba tambien á su patria
» como á una madre que lo educaba ins-
» pirándole sentimientos generosos y li-
» bres."

Pero si descendiendo de aquellos tiem- pos bajamos á los del imperio romano, y mucho mas si nos acercamos á la edad media, cuando unos tiranos devoraban á otros para quedarse solos con la presa del estado entre sus garras; en términos que en menos de un siglo se asesinaron vein- te y dos césares: y despues cuando enjam- bres de bárbaros saliendo del norte de la Europa inundaron las provincias del mediodia, hambrientos de riquezas y de placeres, llevándolo todo á fuego y san- gre: apenas organizaron otro gobierno que un feudalismo bárbaro en el que los vasallos eran esclavos, de quienes dis- ponian sus señores como de animales de carga. Entonces ni hubo interes comun,

ni hubo patria, ni virtudes civiles: al amor de la patria se substituyó el vil egoismo, porque los hombres no viendo en los que los gobernaban sino unos tiranos que los privaban de su libertad y de sus bienes, mal segura su existencia y siempre expuestos á nuevas usurpaciones, á vejaciones cada vez mas crueles, se concentraban dentro de sí mismos, y desde el hogar de su familia estudiaban los medios de precaverse de los males públicos, eludir las asechanzas de un gobierno injusto y perseguidor, y conservar á duras penas el triste fruto de sus trabajos.

Es visto por lo dicho hasta aquí que solo el hombre que tiene patria ese solo la ama: y solo el que tiene patria puede conocer las virtudes sociales, y amarlas y practicarlas; que nada de esto debe buscarse, ni se puede hallar, donde el gobierno no solo no identifica su interes con el de los particulares, sino que por el contrario sacrifica los intereses particulares al suyo propio. De este modo se explica cómo sucede que un chino ú otro de los que viven bajo un gobierno despótico, no solo no entienda cómo pueda llamarse virtud morir por la patria, sino que lo tiene por una necesidad y locura: al mismo tiempo que un griego y un ro-

mano se entregaban á la muerte llenos de entusiasmo para salvar y defender su patria, mirando como dulce y glorioso este sacrificio.

Dulce et decorum est pro patriâ mori.

Cómo se conoce el órden espiritual ó sobrenatural y sus leyes.

2. He dicho lo que me ha parecido necesario para explicar el origen de las ideas que tenemos del órden social, de sus leyes y de las virtudes sociales. Voy ahora á indicaros cómo se adquiere el conocimiento del órden sobrenatural, de sus resortes y leyes.

Que nuestras almas hayan padecido una lesion grave en sus facultades es cosa que sintieron y conocieron todos los sabios de la antigüedad, y que quisieron explicar cada uno á su modo. Los cristianos, enseñados por la revelacion, atribuímos aquel daño al pecado de nuestros primeros padres que en sus descendientes se llama original. Este ha producido tal ceguedad en nuestro entendimiento que solo ha quedado capaz de percibir por los sentidos, ó, cuando mas, discernir por la reflexion las propiedades y relaciones

de los objetos sensibles. Puede el hombre conocer las relaciones que tienen los objetos materiales con él, y de aquí inferir los que le son nocivos ó útiles: puede observar las relaciones que él tiene con los demas hombres colocado en la sociedad; pero respecto al orden espiritual es muy poco lo que puede alcanzar. Por medio de la reflexion, auxiliada de la enseñanza, puede del conocimiento de las criaturas elevarse al conocimiento del Criador: conocer que hay un Hacedor, Supremo señor de todas las cosas; y si le van explicando los atributos de este Ser Soberano, va coligiendo de ellos las relaciones que necesariamente lo unen á él: si le enseñan los beneficios que á este Señor le debe, se le irán descubriendo las obligaciones que por ellos contrae, y de esta suerte enseñarle los primeros rudimentos de aquel orden admirable que resulta de la tendencia y direccion de sus acciones hácia aquel centro. Puede servir y sirve mucho para que comprenda estas cosas lo que ha experimentado con sus mismos padres. Ha tocado en estos por experiencia propia amor y ternura para con él, y poder y superioridad, y se ha convencido del interes con que cuidan de su bien: ha advertido en ellos una pre-

vision, hija de la experiencia, de que él no es capaz, y de estos conocimientos ha deducido que debe amarlos, respetarlos y obedecerlos. Pues cuando va adquiriendo alguna idea de Dios, se le dice que es un padre que lo ama como hijo suyo, que lo ha criado, y que lo conserva y lo abastece de cuanto necesita; que es superior á sus superiores, y de un poder y autoridad sin límites; y finalmente que puede y sabe y quiere hacerlo feliz; de aquí colige que las mismas relaciones que lo unen á su padre son las que lo unen á Dios, y aun mas extensas y mas sublimes: que debe amarlo, respetarlo y obedecerlo aun mas que á sus padres, y por consiguiente que entonces guardará por su parte el orden esencial que deben guardar los hombres con su Autor cuando le amen, lo respeten y lo obedezcan. Estas son sus obligaciones.

Pero traed ahora, os ruego, á la memoria lo que os dije en aquella comparacion con los astros. En estos la fuerza tangencial ó centrífuga los impele, como decíamos, á separarse de sus órbitas y huir del centro de ellas, y marchar por una línea recta, cuyo principio es la diagonal en que se hallan al momento de desobedecer la atraccion del sol. Pues su-

pongamos que en un astro llegara á realizarse la hipótesis de que, desentendiéndose de esta última fuerza se extraviara de su órbita y echase á caminar via recta por la tangencial, como os he explicado. Claro está que este astro ya no podia volver por sí al punto de donde partió, ni ponerse jamas á tal distancia del sol que pudiera este con su atraccion reducirlo de nuevo á describir las elipses que antes describia agitado por las dos fuerzas. He aquí, mis amigos, una imágen de nuestro triste estado. El hombre por la culpa despreció la fuerza centrípeta que le hacia girar sobre su centro, que es Dios: abandonándose á la sola fuerza centrífuga, se precipitó velozmente por la tangencial huyendo y separándose mas y mas de aquel Señor que era su verdadero centro, y ya no puede por sí mismo volver á colocarse dentro de la esfera de su actividad. Hablemos en lenguaje propio separándonos de metáforas. El hombre libre pudo, y no solo pudo, sino que por su culpa quiso separarse de su centro. Impedido por el amor de sí mismo, que es para él lo que la fuerza centrífuga para los astros, este amor ya preponderante llegó á poder en su voluntad mas que el amor de Dios, que es su fuerza centrípeta, y

desordenados así estos dos amores, siguió la direccion que le imprimia aquel, desentendiéndose de á la que este le llamaba; y no está mas en su poder, que lo está en el del astro descarriado volver á entrar en el arreglado movimiento que antes seguia describiendo su órbita.

No bastan, pues, en este caso lamentable en que nos hallamos, ni aquellas noticias elementales é imperfectas, que tal vez pudimos adquirir de los primeros rudimentos de aquel órden, ni aun nuestros conatos naturales, caso que los hiciéramos para conocerlo como debemos, y mucho menos para marchar segun él lo exige. Es necesaria una reparacion, digámoslo así, del órden antiguo para la cual, bajando el mismo Dios á buscar al astro perdido, al hombre extraviado, lo atraiga de nuevo y conduzca allí á donde, y con su luz inmediata, le dé á conocer clara y distintamente las leyes del órden á que debe volver, y ponga en su voluntad un amor suyo mas fuerte que el de sí mismo que lo extravió, para que en adelante obedezca su voluntad á esta atraccion divina que suavemente lo mueva en torno de sí. A esta nueva atraccion la llamamos *gracia*, que es como si dijéramos, una segunda natu-

raleza, una restauracion de aquel órden primitivo en que deben marchar los espíritus teniendo á Dios por su centro y su fin.

No me detendré, porque no hace directamente á mi intento, en explicar las varias causas que contribuyen á esta aberracion de nuestros ánimos, porque todas ellas vienen á reunirse en el amor desordenado de nosotros mismos como en su principio y raiz: ni en los diversos grados de estas aberraciones, segun que es mas intenso el amor desordenado de sí mismo que las produce: ni tampoco en los diversos grados de gracia necesarios para revocar al ánimo de su extravío; advertiré sí solamente que en esta reparacion del órden, aunque el ánimo vuelva á entrar en la senda que debe seguir, siempre le queda mas graduada y violenta la fuerza centrífuga que la que tenia antes de su extravío, á la cual los teólogos llaman *concupiscencia*: y no solo esto, sino que, á medida que se reproducen estos extravíos, y se repiten, queda siempre mas y mas viciado el ánimo, de modo que, aunque en virtud de la reparacion de la gracia se restituya al órden, necesita mas gracia para restituirse, y restituido, lo sigue las mas veces con mas trabajo, porque tiene que

violentarse mas, y así va mas propenso á repetir sus aberraciones; á la manera que el reloj cuando se descompone, aunque se logre componerlo de nuevo, andará sí arreglado, pero siempre se resiente de aquel desman, y queda mas expuesto á nuevos extravíos.

Admitidos estos principios, respondo á vuestra segunda cuestion reduciendo lo dicho á pocas palabras. Descubrimos las primeras y mas sencillas relaciones que nos unen al ser Supremo por medio de la reflexion, auxiliada casi siempre de alguna enseñanza, modelándolas por las que nos unen á nuestros padres. Pero estos conocimientos primordiales, aun en los que han llegado á adquirirlos, debidos á la razon solamente, son muy imperfectos é insuficientes para darnos á conocer el órden espiritual, ni todas sus leyes aun las esenciales. Consiste esto en la aberracion del centro que causó en el ánimo el amor desordenado de sí mismo: descarriado, quedó en tinieblas, y frio y helado, incapaz de conocer aquel órden ni de volver á él. El Criador ha tenido que reparar su obra, y para restablecer el órden en ella, hubo de enseñarle aquel órden, sus leyes, y comunicar su amor á la volun-

tad mas vivo y mas fuerte que antes lo tenia para vencer la mayor tendencia á separarse del centro, ó el vicio que contrajo separándose de él.

Si á alguno pareciere superflua esta reparacion para desatar el nudo de esta dificultad, y que traemos á Dios á la escena sin ser necesario, le convidaria yo á que pusiese mientes en el estado á que están reducidas las naciones salvajes, y aun muchas de las civilizadas á quienes no ha alcanzado todavía esta reparacion; y el estado ademas del género humano en sus primeras épocas antes de la ley y antes de Jesucristo, sus errores y sus desórdenes responderian por mí de la necesidad de admitir este retoque fuerte y poderoso de mano del mismo que nos crió.

Si las dos fuerzas centrípeta y centrífuga y su combinacion constituyen el orden físico, los dos amores de Dios y de nosotros mismos y su combinacion constituyen el orden espiritual, como he dicho. Toda la reparacion consiste en imprimir de nuevo en la voluntad aquel amor de Dios que perdimos, é iluminar de nuevo el entendimiento, dándole á conocer el modo de combinarlo con el amor de nosotros mismos. Por eso dice

el alma reparada: *introduxit me Rex in cellaria sua, ordinavit in me charitatem.* Que es decir: Dios me atrajo de nuevo, y me redujo á su sistema para que en él describiese la órbita que me corresponde, poniendo en el orden debido los amores de mi corazon. Habíame extraviado de aquel sistema amándome á mí hasta despreciarlo á él. Redújome á sí, haciéndome que le amase hasta despreciarme á mí mismo. Me ha enseñado el orden que deben guardar estos dos amores: las leyes á que deben sujetarse para conservarlo. Amarle á él sobre todo y mas que á todo. Amarme á mí mismo, y amar las demas cosas que puedo amar menos que á él. Amarlas y amarme, dirigiendo estos amores al suyo, para que él sea el centro de mi voluntad única y solamente.

Mas, como me he valido de la comparacion del movimiento de los astros para explicar los dos órdenes social y espiritual: á fin de evitar equivocaciones, y acabar de poner en claro esta doctrina, debo haceros observar, que las dos causas del movimiento del astro nunca conspiran hácia un mismo punto, antes van luchando siempre una con otra; y por tanto nunca puede decirse que el as-

tro signe el impulso de una sola, pues en ese caso saldria de su órbita inmediatamente, ó para seguir por la tangencial, ó para reunirse á su centro. Mas en el órden social y en el espiritual no sucede esto así al pié de la letra. Pues, aunque es verdad que cuando nos dejamos arrastrar del interes privado solamente, hallándose este en oposicion con el público; ó del amor de nosotros mismos cuando este contraría el amor de Dios; salimos inmediatamente, como el astro, del órden, y nos extraviamos del sistema social ó del espiritual en que marchábamos: pero cuando, por el contrario, el amor de Dios y el de la patria vencen del todo aquel otro amor é interes, entonces no se puede decir que se opongan aquellos amores: aquellos intereses no impelen al alma en direcciones distintas, no la inclinan á seguir rumbos diferentes: conspiran ambos hácia un mismo centro: se identifican en un solo amor, en un solo interes, que es el amor de Dios, el interes comun, que absorven en sí al otro amor, al interes privado. Cuando el ciudadano obra impelido por el interes general: cuando se sacrifica por su patria, siente y conoce que trabaja, y que se sacrifica al mismo tiempo en beneficio de sí mismo,

y como el bien de la patria es mas extenso, mas grande que el suyo propio; olvidada este, sin oponerse á él, por atender á lo que debe á su amada patria. Decia para explicar esto Ciceron: "Amamos á nuestros padres, á nuestras esposas, á nuestros hijos, á nuestros hermanos, á nuestros domésticos; pero á todos estos amores los abraza y encierra en sí el amor de la patria, por la que ningun buen hombre duda morir, cuando ella le pide este sacrificio." Del mismo modo, cuando obra el cristiano impelido solo por el amor de Dios, sabe y conoce que hace en favor suyo. Ama su vida: ama á los suyos: ama sus bienes: se ama á sí mismo: pero cuando se trata de perder á Dios ó su vida, de perder á Dios ó á los suyos: de perder á Dios ó sus bienes, sacrifica su vida temporal á su Dios, seguro de conseguir otra incomparablemente mejor: abandona ó desatiende á los suyos por seguir, atender y obedecer á Dios, seguro de encontrar mejores apoyos, padres mas amorosos, deudos mas interesados en su bien verdadero que los que dejó: sacrifica finalmente sus bienes por su Dios, seguro de mejorar en bienes mucho mas apreciables. Y hé aquí los casos en que en realidad el hombre, no

por su utilidad, ni por su interes, ni por temor de castigo, ni por esperanza de premio, sino por amor de la virtud, por amor á Dios, por amor á la patria, obra heroicamente. No se aborrece, ni puede aborrecerse, obrando de este modo: aborrece siempre las penas: ama y aprecia las recompensas y los premios; teme incurrir en la nota de cobarde: busca la gloria póstuma: desea la posesion de Dios en la bienaventuranza; pero obra movido por el amor de Dios, ó por el de la patria, olvidando en el acto todo otro amor, todo otro interes. Esto decia Platon, y decia bien.

Paréceme haberme acaso extendido demasiado explicando por qué medios llegamos á conocer el órden civil y el sobrenatural: los dos agentes que constituyen cada uno de ellos: y las leyes que los forman. El órden doméstico que ha observado el niño en su casa, es el tipo de aquellos dos: y así como solo donde hay patria se conoce el órden civil, así solo por accion de la gracia conocemos el órden sobrenatural, y lo seguimos. Me reservo hablar otro dia, para que Melecio oiga, lo que alcanzo sobre su pregunta.

EXTRACTO VIII.

Opiniones de los filósofos sobre la naturaleza del alma y el origen de las ideas.

1. Entramos á tratar de un asunto en el que tiene muy poca cabida la observacion y la experiencia; y así es que vemos desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias divididos los filósofos en sus opiniones acerca de él, sin que hasta el presente se haya expuesto alguna que haya merecido reunir el asenso de todos en su favor. Unos nos ofrecen al alma como un ser pasivo, sin otra funcion ni otra facultad que la de sentir, semejante á una fibra ó á un nervio, si ya es que no nos dicen que no es otra cosa, el cual se está quieto mientras no recibe impresiones que le hagan mudar de estado, ó

que produzcan en él alguna modificación. Así el alma no hace, según estos filósofos, más que sentir placeres y dolores, sensaciones y relaciones, y estas se las dan hechas los mismos movimientos del cuerpo que anima. Otros por el contrario nos dicen que el alma es una maravillosa mina de sabiduría, un tesoro escondido de conocimientos los más sublimes; pero mina tan profunda y recóndita, y tesoro tan oculto, que ella misma no lo advierte ni lo conoce, sino á proporción que las sensaciones van explotando la mina, y la reflexión va extrayendo el metal y la meditación, y la reflexión sobre sí misma le va descubriendo este tesoro. Por manera que en la realidad tan pobre es el alma mientras los objetos exteriores no la excitan, y ella no se aplica al trabajo en uno como en otro sistema. Tal vez si tomáramos el medio entre los dos sistemas acertaríamos, ó al menos no nos separaríamos mucho de la verdad. Voy á explicarme.

Las operaciones del alma prueban que es una sustancia simple.

2. El alma es un ser que precisamente ha de tener propiedades que lo caractericen. Tiene el cuerpo las suyas, y el al-

ma ¿no ha de tener ningunas? Es la materia extensa, es impenetrable, es divisible é inerte; ¿no habrá otra sustancia que esté dotada de cualidades distintas de estas? Las operaciones, las facultades de nuestra alma nos demuestran, como hemos visto en otro lugar, que no solo carece de aquellas cualidades propias de la materia, sino que posee otras opuestas y contrarias á ellas. Que es simple ó sencilla, penetrable, indivisible y activa. Además de estas propiedades, advertimos en sus facultades mismas acciones muy distintas de las de los cuerpos. Todas las acciones de estos se reducen al movimiento; á este lo estimulan las fuerzas de que lo suponemos dotado de atracción, repulsión, &c. Pues á ese modo vemos que el alma tiene sus facultades, y con ellas ejerce ciertas operaciones que hemos reducido á dos, pensar y sentir. Así el pensamiento como el sentimiento empiezan por lo más sencillo, por una sensación: pero, á medida que se van multiplicando las sensaciones, tiene ella una fuerza, una propiedad, ó como se la quiera llamar, por la que reúne estas sensaciones por sus percepciones, y forma de ellas la idea entera y cabal del objeto que por distintos órganos y en ocasiones acaso distintas le trasmite.

tieron todas aquellas sensaciones. No solo esto, sino que, del mismo modo que ha reunido muchas sensaciones para formar una idea, reúne muchas ideas para formar un juicio, y reúne muchos juicios para formar un discurso. Y estas reuniones y el modo de hacerlas no es arbitrario, así como no lo son las relaciones de los objetos con las ideas, de las ideas unas con otras, ni las de los juicios entre sí. Para que la reunion que ha hecho de varias sensaciones esté bien hecha, debe corresponder á la reunion verdadera ó real que las cualidades sensibles, cuyo conocimiento ha adquirido por aquellas sensaciones, tienen en el objeto; y entonces, y no de otro modo será la idea ó imágen que se ha formado del objeto conforme á él ó verdadera. Del mismo modo, para que la reunion de dos ideas sea exacta en un juicio, es necesario que las ideas que se unen sean entre sí conformes, y digo lo mismo de los juicios de que se compone un discurso. En una palabra, el alma tiene cierta tendencia, cierta habilidad para encaminar y reducir á unidad muchas cosas que existen fuera de ella separadas unas de otras: pero estas cosas no pueden reducirse á unidad hacinándolas, digámoslo así, y como si dijéramos

pegándolas unas con otras, sino colocándolas con aquel orden y encadenándolas entre sí como lo pide la naturaleza de cada una de ellas. Así es como puede decirse que el alma las convierte en sí misma, porque, siendo ella simple, solo puede existir en ella lo que ha hecho simple reduciéndolo á la unidad: solo puede conocer por un acto sencillo, y este no puede abrazar sino un objeto tan sencillo como él lo es. No piensa el alma como se mueve el cuerpo: este conmensura sus movimientos al tiempo y al espacio; y el tiempo y el espacio son sucesivos y divisibles, y por eso tambien el movimiento lo es. Pero la percepcion de una idea, de la idea de Pedro, es un acto simple; y si antes no hubiera reunido el alma en unidad todas las partes de que se compone aquel objeto, no podria conocerlo por una simple percepcion. Pues como para construir un reloj, cuyas partes nos presentan sueltas y separadas, no basta amontonar estas partes y unir las arbitrariamente, sino que ademas es necesario colocarlas con cierto orden, encadenándolas unas con otras de suerte que resulten los movimientos arreglados y acordes para que se destina; de semejante modo, no es aquella tendencia, aquella habilidad del alma pa-

ra reducir las cosas á la unidad una tendencia, una fuerza ciega y desordenada, sino que es tal que no se satisface, no cesa de obrar hasta que en la unidad que busca encuentra la conveniencia, el orden, la armonía que naturalmente tienen entre sí los materiales de que forma sus unos, una idea, un juicio, un discurso.

Como forma el alma el caudal de sus conocimientos.

3. Ahora bien, debemos convenir en que las operaciones del alma son medios de que se vale para adquirir conocimientos: estos son los alimentos del alma; pero entre estos unos son tales que se convierten en propia sustancia ó se asimilan á ella, y estos son la parte nutritiva de estos alimentos: otros no los puede asimilar á sí, esto es, no los puede reducir á la unidad, y estos, lejos de nutrirla, la incomodan, ó si adquieren cierta union forzada y violenta la hinchen de malos humores, y le ocasionan, á manera de decir, indigestiones ó molestias dañosas. Son, pues, los conocimientos al alma lo que los alimentos al cuerpo. De las sustancias que comemos unas son útiles, otras dañosas; y las útiles tienen partes capaces de con-

vertirse en nuestra propia sustancia asimilándose á ella, y otras no. Para que se asimilen aquellas es necesario que los órganos de la digestion se hallen sanos y bien dispuestos: que obren sobre los alimentos separando las partes que pueden servir á la nutricion de las demas: que les den á aquellas el giro que deben llevar para que uniéndose á otras del mismo cuerpo las aumenten ó nutran. Si por la mala calidad de los alimentos todo el trabajo del estómago no alcanza á extraer de ellos partes alimenticias, el estómago trabaja sin fruto, y el individuo come, pero no medra: ó si por vicio del estómago ó de sus jugos las partes nutritivas no se elaboran bien, y el resultado de sus operaciones no es asemejarlas como debia para que puedan componer quilo, sangre, fibras, &c., corren aquellas partes de un punto á otro sin fijarse en ninguno, ó si se fijan es para formar congestiones perjudiciales al individuo. Para discernir los alimentos sanos de los nocivos fuéle dado al hombre el olfato y el gusto, y uno y otro cuando están sanos le advierten por el placer y por el dolor lo que le conviene ó le daña. De las buenas ó de las malas digestiones nos resulta ó un placer ó una incomodidad, y nunca